

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL EXCMO. SR. PROFESOR DON CARLOS ZURITA GONZÁLEZ-VIDALTE

Quiero saludar a la Mesa de las Autoridades Académicas, a las Autoridades en general, de las que resalto al Alcalde de mi pueblo adoptivo, Don José Calvo, a los amigos y a la familia, de la que destaco la ayuda que viene prestando Carmen, mi esposa, más acentuadamente ahora que ya empezamos a dejar de ser jóvenes. Dedico también un cariñoso saludo para el gran pianista, su padre y especialmente su madre, de la que aseguro que era la "mocita" más guapa de su generación en Cabra, un pueblo de mujeres guapas.

Quiero dar las gracias sobre todo, las más rendidas, a nuestro Director Don Ángel Aroca, querido Ángel, por tus palabras de intenso lirismo leídas con tonalidades musicales y aunque un tanto exageradas, salidas del corazón. Además tengo que agradecerle que me has dado entrada a lo que quiero deciros, brotando del corazón también. Me has dado entrada porque has recordado mis muchos paseos por las calles y por las plazuelas de Córdoba de hace muchos años, con mi tío Rafael Castejón, que fue Director durante muchos años de esta Academia y con mi amigo primero maestro, Enrique Luque, en tantas noches primaverales u otoñales en cuyos paseos hablábamos hasta la amanecida y de una forma o de otra siempre terminábamos en la Plaza de un mi abuelo, mi bisabuelo Ángel de Torres, alcalde de Córdoba y ministro de Gracia y Justicia al que no debió de parecerle muy justo ni hacerle ninguna gracia el caracoleo de un caballo montado por todo un general con su sombrero bicorne, su faja acharolada y desenvainando un sable con el que cortó las hebillas de su cartera al constituirse aquel primer gobierno. Es una estirpe de la que no es preciso seguir hablando.

También debo decir que antes de emprender este viaje he recordado mucho la lectura y charlas con dos Antonios insignes. Antonio Gala, gran conocedor de Córdoba, su misterio y su duende. Y Antonio Arjona. Por eso no os extrañará que cada vez que vuelvo a Córdoba, sienta la impresión de reintegrarme a mi destino.

Aquí, entre sus gentes, muchas de mi misma sangre, siento el placer de la alegría lograda. Una alegría sin la melancolía de la primavera, o el violeta del otoño que nos decía Juan Ramón Jiménez.

Esta vez me llama además mi vieja Academia: mi primer triunfo juvenil allá por los años 40... medio siglo ya. Una alegría plena por lo tanto.



*Córdoba, 16 junio 1995. Real Academia de Córdoba.
Homenaje al Excmo. Sr. D. Carlos Zurita González-Vidalta y clausura del curso 1994-95.*



*Córdoba, 16 junio 1995. Real Academia de Córdoba.
S.A.R. la Infanta D.^a Margarita de Borbón y su esposo, D. Carlos Zurita Delgado,
Duques de Soria, en la clausura del curso 1994-95 y
en el homenaje al Excmo. Sr. D. Carlos Zurita González-Vidalte.*



Córdoba, 16 junio 1995. Real Academia de Córdoba.

Homenaje al Excmo. Sr. D. Carlos Zurita González-Vidalte y clausura del curso 1994-95.

Yo recordaba, al venir ahora, el placer de Abderramán III que decía haber sentido en Córdoba, donde reinó durante el VIII califato, su época más gloriosa, cuando Córdoba se extendía desde Medina Azahara a Medina Zahíra, donde yo terminé la guerra civil, de la que mejor es no acordarse, en la finca de "Las Quemadas", englobando más de 28 arrabales, con innúmeras mezquitas, sinagogas y templos cristianos, en aquella insólita armonía de tres razas cultas, con basamento común gótico, visigótico y romano.

Antes de proseguir tengo que deciros que uno de los Antonios insignes, precisamente el censor de esta Real Academia, en una de mis últimas conversaciones con él, me suprimió un mito y una poesía: el mito del millón de habitantes que dice la Historia reduciéndola a 600.000 según las investigaciones efectuadas desde el aire a muchos miles de metros de altura por las Fuerzas Aéreas Norteamericanas en las que se exteriorizan todas las casas de Córdoba alumbradas entre los límites dichos con casitas de 150 m. capaces para cinco personas cada casa, cuyo contaje arroja esa cifra de 600.000 habitantes. Claro es que esto no resta mérito alguno porque con 600.000 ya era la ciudad mayor del mundo y porque hay que ver el mérito que tenía que se hiciera la Intendencia de estos 600.000 habitantes cada día. La poesía me la ha quitado al asegurarme que, como yo había propalado por todo el mundo, la medina no se había construido para ofrecérsela a una bellísima esclava granadina que al reprocharle al califa que añoraba sus nieves de Granada, le sembró de almendros todas las lomas que miraban a la medina para ofrecerle el blanco de sus flores en el mes de enero. Yo, querido Antonio, creo que voy a seguir contando por todo el mundo esta leyenda, aunque tú me hayas asegurado que tanto la Azahara como la Zahíra es una flor. A

pesar de que sólo una flor puede sustituir a una mujer.

En sus 50 años, hoy escasos, de su prolongada vida de entonces, Abderramán había sentido la sensación en su juventud, de domar potros salvajes y potras perfumadas: de reinar, proteger, vivir y esparcir por el mundo poetas, algebristas, filósofos y hombres de las mil ciencias; de haber creado la primera Escuela de Medicina del mundo, cuyos médicos siguen siendo nombres sonoros en la historia de hoy. Y albergar en sus harenes mil y una bellísimas mujeres de todos los colores, razas y procedencias; mil perfumes del Oriente, brocados asombrosos; y una melodía insinuante, constante, lánguida y suave, escapando cada noche hacia las estrellas... Y en el último punto de su testamento que empezaba describiéndose a sí mismo, aseguraba... "Y he sido feliz 14 días".

Pues bien: hoy he alcanzado aquí y entre vosotros, uno de aquellos 14 días de felicidad. Esta felicidad me llega además cuando compruebo que si una gota de rocío dura toda una noche, ello es para mí la mitad de un día... que son dos noches. Afortunadamente yo puedo ahora pasar estas dos noches clavado en el único pensamiento de una gota de rocío.

Es más perdurable el recuerdo del amor, en la sombra, que el amor mismo. Es más perdurable el recuerdo de los buenos amigos y maestros, que el maestro que nos enseñó tantas cosas o el amigo al que quisimos tanto. Y es bonito dormitar en Córdoba, aunque el Guadalquivir no ayude con el grito de sus aguas, un murmullo si acaso, a la densidad de las sombras que sueñas, a los claroscuros de las callejas de Córdoba y al olor tan peculiar de sus calles, sus patios y de su Sierra. Pero no, el Guadalquivir es silencioso, añade una belleza muda, donde sin embargo dicen que su luna riela junto a la silueta de su imponente mezquita árabe y de su puente romano.

El mundo es proclive a engarzar lo bueno con la luz y lo malo con la penumbra. Pero es evidente que se puede vivir en la penumbra rememorando el sol, incluso con alegría.

Sentado en medio de mi noche, vivo para soñar o sueño para vivir. A partir de ahora para soñar en estos días que me proporciona la Academia con su homenaje y vosotros con el cariño de vuestra presencia. Instantes como éste, muy pocos ya.